

EL PACÍFICO, UN MAR ESPAÑOL

Hermenegildo FRANCO CASTAÑÓN



L escribir este artículo, la fragata *Álvaro de Bazán* habrá culminado, en su viaje de resistencia, la circunnavegación del Globo. Este acontecimiento naval, que por su importancia pasará a los anales de la historia de la Armada, me ha hecho considerar, dentro de la totalidad de su derrota, la parte referente al Pacífico, no como detalle de sus navegaciones parciales y escalas, sino como una reflexión general que ayude a comprender mejor el papel de España,

que por razón de primogenitura hizo que el Pacífico se convirtiese en un mar español.

Para comprender mejor las situaciones que se producen en un determinado momento conviene siempre retroceder un poco en el tiempo y en el espacio, pues el sujeto histórico depende en muchos casos de causas y sucesos anteriores.

La presencia de España en el Pacífico no fue casual, como a primera vista puede parecer. Para llegar a ello, partiremos de la individualidad geográfica española dentro del entorno europeo, que hizo que la novel nación se convirtiese en una realidad histórica.

La situación estratégica de Europa en el siglo xv va a ser el punto de arranque y de aplicación que multiplicará los esfuerzos derivados de una situación que, por lo compleja y complicada, será la razón fundamental de que se produzcan los grandes descubrimientos geográficos.

Puede decirse que Europa vivía en esos años en un circuito cerrado, aunque parezca lo contrario; y desde una perspectiva global de la historia, totalmente aislada y sin posibilidades de expansión. Por el norte, la capa de hielo del Polo le cerraba por completo el paso a las latitudes septentrionales; por el oeste, seguían los dos *Finís Térrea*; por el sur, el Mediterráneo continuaba siendo el centro de gravedad del tráfico marítimo, pero con una gran diferencia con el *Mare Nostrum* romano, pues en aquella época en sus dos orillas, la septentrional y la meridional, regían las mismas leyes, la misma

TEMAS GENERALES

lengua y las mismas organizaciones políticas, de forma que la navegación y el intercambio comercial discurrían seguras; pero en el siglo XV, las dos orillas eran enemigas acérrimas, pues desde la conquista de todo el norte de África por los árabes y su islamización, la navegación y el intercambio de bienes era peligroso y siempre muy difícil, de tal forma que hasta los tiempos del rey de Castilla, Alfonso XI, que conquistó Gibraltar y Tarifa, el paso del Estrecho estaba totalmente prohibido a los barcos. Y por el este de Europa, las comunicaciones con los países orientales, aunque difíciles y lentas, fueron posibles mientras el Imperio bizantino subsistió, pero desde la caída de Constantinopla en manos de los otomanos en 1453 esta débil comunicación se cerró para Europa. Y aunque algunos países, especialmente los venecianos, lucharon por continuar el comercio de la seda, de las especias y del oro, la comunicación con Asia central quedó prácticamente vedada para los europeos.

Estos dos hechos, la supresión del comercio de las especias y la drástica disminución del oro al cerrarse las dos fuentes tradicionales del Próximo Oriente y las rutas del desierto, produjeron unas crisis que aprovecharon los portugueses y los castellanos para lanzarse al océano; Portugal hacia África y la India, Castilla hacia América. Se ha culpado a los españoles de su sed de oro durante la conquista y colonización de América. No es del todo cierto; esta sed aurífera era de todos los europeos, pues la escasez del rico metal en nuestro continente lo convertía en el mayor símbolo de poder, y el que lo alcanzase se aseguraría prácticamente la hegemonía europea.

En resumen, a finales del siglo XV Europa, encerrada en sí misma, no tenía salida. El Renacimiento no era más que la llegada del final del ciclo histórico medieval. Por ello se puede considerar al año 1492 como crucial, ya que los viajes de los españoles y portugueses abrieron unas áreas de expansión jamás soñadas, que cambiaron por completo las líneas de acción históricas, que se limitaban hasta entonces a la península de Eurasia, hecho que consiguió cambiar la ciencia, las costumbres, el comercio, e hizo nacer en el espíritu del hombre la visión global de la Historia que ha llegado hasta nuestros días, en que prácticamente se ha cerrado este ciclo.

Causas de la expansión marítima española

Bajo un punto de vista marítimo, la situación geográfica de la península Ibérica, avanzada entre dos mares y mirando a dos continentes, va ser la principal razón de su creciente importancia y clave en su expansión marítima. Pero todos los sucesos históricos que se derivan de esta posición netamente geográfica no hubiesen alcanzado la cota y la importancia que han tenido si la individualidad territorial no hubiese ido acompañada de una unidad política.

Nada fue casual, como se pretende hacer creer con argumentos de base lógica pero sutil e inexacta, que han llevado en algunos casos a ensombrecer la grandeza de la obra española, pero nunca a borrarla. Y fue así porque la España del siglo xv, junto con Portugal, eran las naciones de Europa mejor preparadas para la expansión marítima.

En el caso español, la expansión ultramarina se produjo porque las partes de la nueva nación contribuyeron con su propia experiencia. Castilla asumió la dirección por su tradición, ganada con su espíritu de cruzada y mayor densidad de población, pero fundamentalmente por su experiencia marítima obtenida en los años anteriores. La conquista de Canarias por Castilla fue un acontecimiento de importancia nunca suficientemente apreciada en la expansión marítima española y un vínculo natural entre la reconquista peninsular y la conquista ultramarina.

Aragón aportó su gran experiencia comercial adquirida en la Edad Media en sus incursiones por el Mediterráneo y el norte de África. Los mallorquines, con su importante escuela cartográfica, proporcionaron técnicas de un valor incalculable para los levantamientos de planos y cartas. La experiencia de gallegos, asturianos, santanderinos y vascos en la pesca de altura en el Atlántico los había hecho hábiles pilotos y constructores navales; pero también habían adquirido experiencia comercial con el auge del comercio lanero establecido con el norte de Europa, que hizo a los puertos norteños desarrollados y prósperos.

Por otra parte, el avance de la reconquista en la Andalucía occidental proporcionó a Castilla otro litoral atlántico, cuya capitalidad asumió Sevilla, donde se estableció una fuerte comunidad comercial a partir de su conquista por Fernando III el Santo, que junto con Cádiz jugaron un papel de vital importancia para la economía española y sus relaciones ultramarinas.

Todas estas características de la joven nación española fueron las que proporcionaron un imperio, netamente marítimo por razones geográficas, y netamente castellano por razones de descubrimiento y colonización; pues como dice Salvador de Madariaga, «el descubrimiento lo hizo Castilla y no Aragón». Así, mientras Fernando el Católico y luego Carlos V viajan por toda Europa, sus súbditos castellanos, extremeños, andaluces y norteños salen como enjambres a Occidente a través del océano, volviendo la espalda a Europa y aportando a la historia un Nuevo Mundo.

Y para lograrlo fue necesaria la previa unidad nacional, con las peculiaridades de descentralización y mando de una de sus partes, Castilla, condición ésta fundamental que dio a España la supremacía en Europa y que la puso en disposición de afrontar con éxito la empresa ultramarina; fruto, como dice el capitán de navío Mahan, «de un carácter aventurero, aguerrido, sobrio, sufrido y profundamente patriótico del español».

La importancia de los espacios geopolíticos

En las últimas décadas del siglo xv y primeras del xvi se hizo el más formidable esfuerzo para la ampliación del mundo. Causas de orden material y moral contribuyeron a determinar la tendencia geopolítica que iba a llevar a España al Nuevo Mundo.

Algunas de estas causas son de orden general; entre ellas, el espíritu de lucro y el querer controlar directamente los mercados y las rutas de extremo oriente, de donde procedían las especias, la seda y el oro. El afán de enriquecerse rápidamente inducía a subsistir a los árabes como intermediarios aprovechados del tránsito de mercancías entre Oriente y Occidente, mucho antes de que los turcos bloquearan los puertos de Egipto y Siria en beneficio propio y exclusivo. Junto al incentivo económico estaba el religioso; el deseo de alcanzar la fabulosa tierra del preste Juan, de encontrar el Paraíso Terrenal y de convertir a los indígenas de estas tierras al cristianismo, como reflejo del espíritu de cruzada del medioevo, es también importante. Y también el incentivo de la aventura, despertado por las narraciones de los viajes y por los mitos prodigiosos de ignoradas tierras (El Dorado), tendrá su papel. Éste es el sujeto de los descubrimientos, y sin comprenderlo faltaría el elemento esencial, el motor de los mismos.

Será el Renacimiento. Y éste el que cree un tipo de hombre particular: independiente, libre, de fuerte personalidad, imaginativo, creador, con espíritu de empresa, de aventura heroica y gloriosa y de gran capitán a estilo antiguo, que rompe los marcos intelectuales, sociales y geográficos de la Edad Media, que acepta el peligro por la fama, el renombre y el provecho personal que pueden reportarle.

Finalmente, las posibilidades. Los progresos técnico (cartografía, construcción naval, brújula) corren parejos con los adelantos en las concepciones geográficas. El mundo de Ptolomeo, esférico y con una distribución equivocada de los continentes y océanos, permite fomentar ilusiones sobre nuevas rutas que la realidad irá destruyendo o desvirtuando.

A la vista de todo ello, las diversas causas que confluyen en preparar la época de los grandes descubrimientos puede resumirse en una consigna breve: «llegar a las Indias». Para cumplirla, teniendo al mismo tiempo el máximo de probabilidades de éxito en la empresa, no había en la Europa del siglo xv otros países que los de la península Ibérica. No es posible hablar de circunstancias históricas eventuales. Se trata de una verdadera preadaptación de España y Portugal a los descubrimientos y colonización de América, África y el Pacífico; de una realidad geopolítica viva e indiscutible.

La síntesis de los descubrimientos españoles en América, desde el punto de vista geopolítico, responde a la distribución de los espacios vitales de aquel continente. El contacto de España con América se realiza siguiendo tres direcciones fundamentales: la ruta septentrional, que cae fuera del campo óptimo

de las posibilidades hispanas, y las rutas central y meridional, que fueron los caminos sustanciales de la hispanización del continente americano.

El núcleo fundamental de expansión lo constituye el espacio del Caribe, el cual facilita las tendencias hacia América del Norte por el golfo de México y hacia América del Sur por Panamá. En este sentido, los descubrimientos españoles ofrecen rumbos divergentes.

Dentro del espacio del Caribe, el núcleo del cual parten las iniciativas geopolíticas radica en la isla que los descubridores bautizaron con el adecuado nombre de La Española. Desde los primeros viajes colombinos esta isla se convierte en centro de la colonización; de ella parten las primeras expediciones que convirtieron aquel mar en *Mare Nostrum* hispano. Se actuó sobre Puerto Rico y las pequeñas Antillas, sobre Jamaica y Cuba, y, algo más tarde, sobre la costa opuesta que recibió el nombre de Tierra Firme. También partieron de La Española las primeras tentativas de exploración de la costa norteamericana de La Florida y Misisipí.

En relación con el núcleo de La Española se crean el cubano y panameño. La intensidad de la corriente que se dirige a la costa del golfo de Darién conduce directamente al descubrimiento del Mar del Sur y al reconocimiento del papel importantísimo del istmo de Panamá en la geopolítica de América y del mundo.

El descubrimiento del Pacífico

Núñez de Balboa, al descubrir el Mar del Sur, resolvió el problema del continente americano e indicó la posibilidad de una nueva ruta hacia las Molucas y la India. Y Magallanes puso en contacto las nuevas tierras de Portugal y de España a través de la inmensidad del océano Pacífico.

España descubrió el Pacífico. Pero sus esfuerzos no se limitaron a tender un surco sobre los mares y a señalar un nuevo camino. A pesar de los límites fijados por la línea de demarcación de 1494, según los cuales los países e islas de las especias se hallaban exclusivamente en poder de Portugal, y del desgaste consiguiente al descubrimiento y colonización de América, los españoles se lanzaron hacia el Pacífico, partiendo de la costa americana. En este hecho hay que considerar, de un lado, la cristalización de las tendencias naturales de América en dirección a Asia, y por otro, los últimos reflejos de las energías vitales de la España de finales del siglo XV y principios del XVI, que se van a irradiar por el tercer océano.

La acción española en el Pacífico se va a desarrollar aproximadamente en el cuadrilátero Perú-Nuevas Hébridas-Filipinas-México. Los núcleos de expansión serán los mismos de los grandes descubrimientos americanos: Nueva España y el Perú. El centro de atracción, las Molucas, y más tarde Filipinas. En esta zona los navegantes españoles realizan proezas heroicas, a



Astrolabio universal hispano de 1553. (Museo Naval).

menudo olvidadas entre tantas y tantas otras que llenan aquellos años; otras veces perdidas para todo recuerdo y todo estudio. Los archipiélagos de las Hawai, Marquesas, Sociedad, Marshall, Nuevas Hébridas, Salomón, Carolinas, Palaos y Marianas, la isla de Nueva Guinea y el continente australiano fueron descubiertos por los navegantes españoles.

Las rutas de navegación se amoldaron a las características del marco del Pacífico (corrientes, zonas de vientos constantes). Fue notable el hallazgo de la vuelta de Poniente (Kuro-Sivo), y ello había de determinar la ruta de la Nave de Acapulco o Galeón

de Manila, que va a establecer el sistema México-Filipinas como eje consustancial del Pacífico durante los siglos XVII, XVIII y parte del XIX.

El Pacífico, esa inmensa cuenca elíptica, cuya superficie oscila entre los 150.000 y 170.000 Km², es el mayor océano del mundo. Sus aguas, efectivamente, ocupan algo así como un tercio del globo, y su área supera la de toda la corteza seca del planeta. Por otra parte, el Pacífico es el océano más profundo y más vivo y mudable del planeta debido a su riqueza madreporica y volcánica.

Los españoles que circunnavegaron por primera vez el globo ignoraban las dimensiones reales del océano descubierto siete años antes por Vasco Núñez de Balboa. Desconocían igualmente los regímenes de vientos y corrientes, así como la existencia de grandes zonas sembradas de bajíos coralíferos y atolones orlados por peligrosas barreras madreporicas. Eran también ajenos a la gran dificultad del regreso al Nuevo Mundo, sólo allanada cuarenta y tantos años después, tras el tornaviaje de Urdaneta en 1565. Su pobreza en instrumentos náuticos era sólo comparable a su excepcional olfato marineroy su dinámico entusiasmo.

Para tener una leve idea de cómo España afrontó la exploración del Pacífico, en la zona comprendida entre las latitudes de los 40° al norte y al sur de la línea equinoccial, bastará recordar que en 86 años que corren desde la expedición de Magallanes a la última de Fernández de Quirós quedan descubiertos la mayor parte de los archipiélagos de Oceanía.

El Pacífico, mar español

El regreso a Sevilla de los primeros circunnavegantes de la *Victoria* al mando de Elcano sugirió, como es natural, repetir la expedición hacia el Maluco, que tan esperanzadores resultados había de producir. A fray Jofre de Loaysa se le encomendó el mando de esta nueva expedición, salida de La Coruña el 24 de julio de 1525, y en la que figuró Elcano como segundo y piloto mayor de la Armada. Sólo la capitana, *Santa María de la Victoria*, la *San Lesmes*, la *Santa María del Parral* y el patache *Santiago* lograron desembocar al Pacífico. Las fatigas y el escorbuto causaron muchas bajas, entre ellas la de Loaysa; le sucedió Elcano, que también falleció días más tarde, y a éste, Toribio Alonso de Salazar, quién logró llegar a las islas de Los Ladrones (Marianas) y a Mindanao (Filipinas), donde murió. De todos los buques sólo la *Parral* logró llegar a las Célebes, quedándose en estas islas. Fue en esta expedición cuando se navegó por primera vez todo el ámbito meridional de la Mar del Sur.

Hernán Cortés, que como gran capitán tuvo siempre en cuenta la necesidad de la Marina, fundó un astillero, y cuando recibió de Carlos V la orden de averiguar si desde la Nueva España podría haber derrota práctica hacia el Maluco tenía ya naves para navegar por este mar. Se organizó una expedición en diciembre de 1527 al mando de Álvaro de Saavedra, que consiguió llegar a las Visayas (Filipinas). Intentó regresar a mediados de 1528, descubriendo la costa nordeste de la isla de los Papúas (Nueva Guinea) y reconoció algunas de las Filipinas, muriendo en mayo de 1529 sin lograr el regreso.

Los archipiélagos que se iban descubriendo por el Pacífico comenzaron a denominarse las islas de Poniente. Para voltearlas y que viese lo que había por allí se envió a Ruy López de Villalobos desde el puerto de Navi-



Fray Andrés de Urdaneta. Óleo de fray Víctor Villán (Colegio de los Padres Agustinos de El Escorial).

TEMAS GENERALES

dad (México) en 1542. Descubrieron varias islas, entre ellas la de Juan de Gaitán (hoy Hawai), recalaron en otras conocidas que llamaron de Los Jardines, fondeando finalmente en la de Mindanao (Filipinas), en donde murió Villalobos. De las cinco naos que formaban la expedición sólo la San Juan de Letrán continuó descubriendo por la línea equinoccial, y después de tocar en Sumatra, Java, Borneo y Goa arribó a Lisboa el 1 de agosto de 1548.

La navegación a las islas de Poniente no era del todo difícil, pero se tenía por imposible su tornaviaje a Nueva España. El antiguo piloto de Loaysa, Andrés de Urdaneta, ya fraile agustino, será el que resuelva el problema. El 20 de noviembre de 1564 salió del puerto de Navidad una armada al mando de López de Legazpi, con Urdaneta de piloto mayor, con destino al Maluco, llegando al archipiélago de San Lázaro el 13 de febrero de 1565, que bautizaron como Filipinas en honor de Felipe II.

A Urdaneta le rebullía la idea de que más interesante que descubrir islas y tierras era hallar la derrota adecuada para regresar a México; navegó al nordeste para ganar en latitud, y llegado a los 39° Norte encontró vientos largos, que con toda comodidad les llevaron a recalar por California, entrando en Acapulco el 8 de octubre de 1567, después de 129 singladuras. La ansiada vuelta de Poniente estaba descubierta.

Al mismo tiempo, el patache de Alonso de Arellano, que descubrió las Marshall y reconoció las Carolinas y Palaos, navegó siguiendo la costa de China, hasta los 47° de latitud Norte, y con vientos largos pudieron navegar al este y arribar al puerto de Navidad (México) el 2 de agosto de 1567. Justo es reconocer lo asombroso de este viaje con un barquichuelo de 40 toneladas, al que un historiador califica de los más atrevidos que registra la historia de la navegación.

Desde tiempo inmemorial existía entre los indios del Perú la creencia de que muy a poniente había unas islas con riquezas tan fabulosas que los españoles, por extraño raciocinio, relacionaron con las Salomón, y que tentaban las inquietudes de los pilotos de El Callao.

Álvaro de Mendaña obtuvo capitulación para descubrirlas, y llevando como segundo a Pedro Sarmiento de Gamboa y Hernán Gallego por piloto mayor, salió con una armada el 19 de noviembre de 1567, descubriendo las islas de Flores, Salomón y Guadalcanal, regresando desde Carolinas por los 32° Norte a la costa de California en enero de 1569.

Hubo en estos años muchas expediciones clandestinas, tan poco conocidas como incluso las permitidas por el virreinato del Perú, con documentación mucho menos precisa que las que se organizaban en Sevilla. Entre ellas la de un vecino de Lima, Juan Fernández, que en 1574 descubrió la isla de su nombre. Años más tarde hay que reseñar otra del mismo protagonista, en la que descubrió lo que muchísimos años después denominarían los holandeses Nueva Zelanda y parte de la costa oeste de Australia.

En 1595, nombrado Mendaña capitán general de las Salomón, salió de El Callao el 19 de abril con una armada que llevaba familias para poblarlas. Iba también Isabel de Barreto, su esposa, y como piloto, Pedro Fernández de Quirós.

Hicieron análoga derrota a la efectuada en 1567. Hallaron una isla y luego otras, que bautizaron Marquesas de Mendoza, por la esposa del virrey Diego Hurtado de Mendoza. Surgieron enfermedades que aumentaron las muertes, entre ellas la del propio Mendaña, que nombró a su mujer sucesora en el mando, quien determinó abandonar las Salomón y navegar en demanda de Manila, donde arribaron el 11 de febrero de 1596 tras penosísimo viaje, en el que doña Isabel de Barreto se acreditó de mandona y de fuerte carácter. Quirós regresó a América el 23 de enero de 1597, haciéndolo en el puerto de Acapulco. Vuelto a Lima, organizó otra expedición en 1605 para proseguir la jornada de las Salomón.

Fue en demanda de las Marquesas; no lograron avistarlas, pero descubrieron más de 50 nuevas islas. En una de ellas, que bautizó *Austrialia del Espíritu Santo* (por la casa de Austria), fundó la ciudad de Nueva Jerusalén. Pronto levaron anclas y arrumbaron al norte para regresar por California, después de capear malísimos tiempos.

Su segundo, Vaéz de Torres, que se había separado por los malos tiempos, al no encontrar a Quirós, prosiguió explorando a poniente, recorriendo la costa sur de Nueva Guinea y descubriendo el estrecho por él llamado de Torres, al norte de la Magna Margarita: Australia, la mayor isla del mundo. Aunque como manifestó Torres no lograron verle la coronilla al Polo, como deseaban, llegaron a Manila después de no pocos sufrimientos.

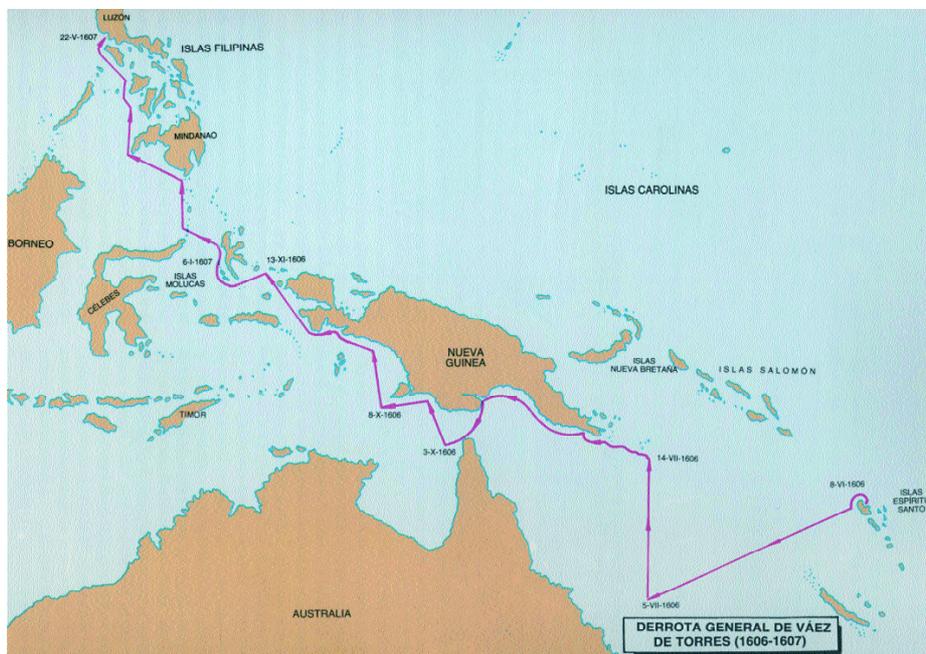
El último de los continentes quedó descubierto, y por curiosa casualidad la presentida tierra austral —Australia— fue precedida por el nombre casi idéntico de *Austrialia*.

Todos los descubrimientos sucintamente relatados tuvieron un apoyo fundamental en las costas de los virreinos de Nueva España y Perú. Multitud de expediciones iniciales para la exploración y conocimiento de sus costas se organizaron en sus puertos. Pero también hubo otras que se organizaron en la Península.

No finalizaron los viajes españoles de exploración una vez determinado el marco principal del Mar del Sur. Durante los siglos XVI y XVII, expediciones por aguas de Chile y de la alta California determinaron y fueron la base de otros posteriores llevados a cabo por la Real Armada en el XVIII y principios del XIX.

A los nombres de Sebastián Vizcaíno, Pedro de Valdivia, Ladrillero, Antonio de Vea y otros, es preciso añadir los de los oficiales de la Armada Juan Pérez, Bruno Hezeta, Juan de Ayala, Francisco Mourelle, Bodega y Cuadra, Arteaga, Esteban Martínez, Gonzalo de Haro, Malaspina, Cayetano Valdés, Cosme Damián Churruca, Jacinto Caamaño, José Quimper, José de Bustamante, Dionisio Alcalá-Galiano...

TEMAS GENERALES



Se levantaron cartas y planos desde el estrecho de Magallanes hasta el de Bering, con lo que se determinó el límite americano del Océano. Por otra parte, en el Extremo Oriente se dieron la mano las expansiones marítimas de España y Portugal. Los portugueses tuvieron en su poder la llave del sistema geopolítico oriental: Malaca-Singapur; España, su centro estratégico: Filipinas.

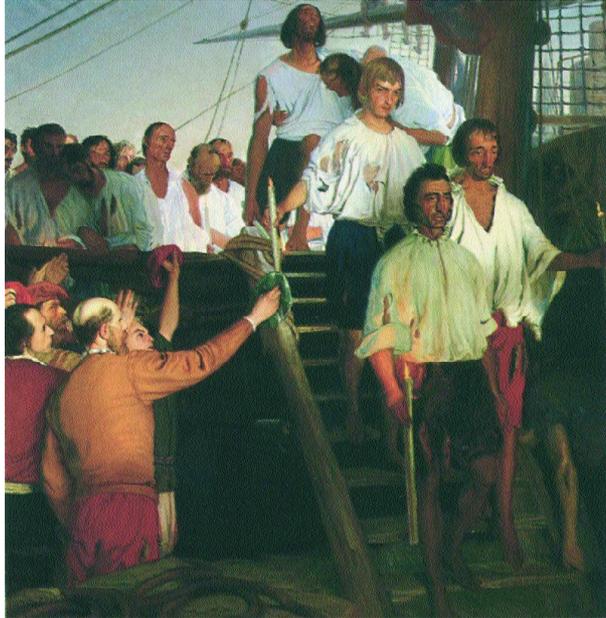
Sin embargo, las conquistas holandesas del siglo XVII arruinaron el imperio colonial portugués en Asia. Pero las Filipinas resistieron sus acometidas como habían hecho frente a otros peligros (piratería china y japonesa). Núcleo de resistencia sobre las Molucas, Borneo y el continente, tal fue y continúa siendo el papel de aquel archipiélago que, por un extraño avatar, es la torre de vigía que América parece haber establecido frente a las costas de Asia en el Pacífico.

Por otra parte, la independencia de los países hispano-americanos aisló las posesiones de España en el Pacífico. Las Filipinas y los demás archipiélagos que aún pertenecían a España despertaron las ambiciones entre las potencias que se disputaban la hegemonía sobre sus aguas. La pérdida de las colonias españolas del Pacífico, la España oceánica: Filipinas, Marianas, Carolinas y Palaos, con capital en Manila, no se motivó sustancialmente en diferencias de fondo entre ellas y la metrópoli, ni aun en la decrepitud del Estado español de

finales del siglo XIX. Causa esencial del fenómeno que debía registrarse tarde o temprano fue el valor decisivo que adquirieron las Filipinas con respecto a las expansiones del Japón, de Inglaterra y de los Estados Unidos.

Hasta muy entrado el siglo XIX ningún peligro amenazó a Filipinas, salvo las continuas luchas que sostuvo España con los piratas mahometanos que desde el sur del archipiélago tuvieron entretenida a la Armada en su erradicación. La defensa, los levantamientos hidrográficos y el conocimiento geográfico de las islas fueron tarea principal en el Apostadero de Filipinas, que completaron los límites del glacis de seguridad que fueron las Filipinas frente al continente asiático.

Las consecuencias de la guerra hispano-americana fueron el final de la presencia de España en el Pacífico, mar español por razón de descubrimiento y exploración, y cuyo control mantuvo durante cuatro siglos casi en su totalidad, debido sin duda a su conocimiento y por derecho de primogenitura.



Llegada de Elcano a España. Óleo de Elías Salavería. (Museo Naval).

